

"La fábula de las abejas, deconstruyendo Mandeville" en Roles sexuales: la mujer en la historia y la cultura, M.J. Rodríguez, E. Hidalgo y C.G. Wagner (eds), Madrid, Ediciones clásicas, 1994, pp. 191-210.

La fábula de las abejas, deconstruyendo B. Mandeville

Gongal Mayos

Una regla nunca escrita parece regir los discursos filosóficos que se basan en una antropología o una cosmovisión con tendencias monistas. Siempre han de explicar como puede surgir la multiplicidad a partir de la unidad. De manera similar, cuando un autor parte de un visión optimista y positivista de la naturaleza humana, tiene que hacer frente inmediatamente a las críticas de aquellos que esgrimen como contraejemplos lo que hay de malvado en el hombre. Este fue el caso paradigmático de Leibniz en su teodicea¹. Se trataba de eximir a Dios de las acusaciones de escépticos y críticos como Pierre Bayle que aducían una pretendida pasividad o admisión divina del mal. Leibniz en su sistema monadológico y en su tesis del «mejor de los mundos posibles» intentaba contrarrestar esta acusación: el mal formaba parte de un plan global para permitir un bien mayor.

En un principio, parece que Bernard Mandeville con su famosa tesis « los vicios privados hacen la prosperidad pública»² quiere decirnos algo parecido pero secularizado: en la sociedad burguesa los males que provienen del individuo son la posibilidad de un bien colectivo mayor. Pero evidentemente, Mandeville no lleva a cabo ninguna teodicea, ni tan

¹ *Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*, editada

por J. BRUNSCHWIG, Paris, Garnier-Flammarion, 1969.

² Se encuentra ya en la traducción por la que ha optado José Ferrater Mora del título de la obra de MANDEVILLE, *The Fable of the Bees or Private Vices, Public Benefts*. Citamos la edición castellana en México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

siquiera en el aspecto referido a remitir el mal a un bien mayor. No se trata de postular el bien -la naturaleza bondadosa de Dios, el hombre o la sociedad- y argumentar como el mal es únicamente un instrumento necesario para la realización de ese bien. La pretensión de Mandeville va mucho más allá. Quiere desenmascarar la definición tradicional del bien, del hombre bueno o de la moralidad a la que podemos pensar que pertenecía Leibniz.

El punto de partida de Mandeville es el hombre hobbesiano actuando en un mundo sin un dios relojero y bondadoso que escoge el «mejor de los mundos posibles». Parte de una visión crítica descarnadamente satírica y cínica, de los hombres. Estos -armados de sus deseos e intereses particulares- son los que constituyen la sociedad y el mundo. Por supuesto, en este mundo la moralidad, el bien o la virtud no son sino apariencias que no tienen detrás de sí sino deseos, pasiones e intereses inconfesables.

El punto de partida y los objetivos de Mandeville son -como vemos- muy diferentes a los de Leibniz. En algunos aspectos absolutamente contrarios, parece muchas veces que su discurso es una clara prefiguración de *La genealogía de la moral* nitscheana. Pero, como apuntábamos al principio, al igual que Nietzsche se ve obligado a exponer el origen -la «genealogía»- del bien, de la virtud, de la moral y, en definitiva, de todo aquello que en principio no son ni pasiones inconfesables ni intereses privados. Mandeville y Nietzsche, pues, han de llevar a cabo el camino inverso de la teodicea de Leibniz.

Bernard Mandeville hace frente al problema del origen y la naturaleza de la virtud moral en un breve escrito contenido en *La fábula de las abejas: Investigación sobre el origen de la virtud moral*. En él trata de exponer como «el hombre en estado natural e ignorante de la verdadera divinidad» ha podido generar algo así como la «virtud».

Recordemos que Mandeville parte de la visión de la naturaleza humana heredada de Hobbes que tan bien ha sabido describir MacPherson. El hombre es definido como un individuo posesivo, insaciable, to

talmente egoísta y movido por sus pasiones. La razón simplemente está al servicio de estas y del instinto de supervivencia, se ve reducida a una simple calculadora de ventajas e inconvenientes con vistas al máximo beneficio privado. El deseo de poder, de dominio, de posesión y de seguridad (frente a otros individuos que también sabe insaciables y egoístas) carece de límite en sí mismo; sólo el cálculo descarnado de la razón sobre sus posibilidades de supervivencia le puede inducir a aceptar un límite -que para Hobbes lleva al Leviatán.

Mandeville no sigue en este punto a Hobbes, porque no cree en la necesidad de ese monstruo policía y vigilante que evite la guerra de todos contra todos. Podemos interpretar que Mandeville piensa que esa guerra se juega continuamente pero que no llega a destruir el vínculo y prosperidad sociales sino que los potencia -al menos en la sociedad burguesa de su tiempo. En la sociedad burguesa la guerra de todos contra todos se encontraría limitada --normalmente- al ámbito comercial y económico. El enfrentamiento animal se habría sublimado, haciendo al hombre dúctil y dócil *para* la vida social. Creemos que dicha sublimación está en el origen de la sociedad según la ve Mandeville.

En lugar de por un pacto (aunque sea implícito), la sociedad se originaría a partir de una trampa astuta. Esta trampa es muy eficaz sin duda para que el cuerpo social no se diluya en los individuos enfrentados a muerte, a pesar de que estos individuos continúan moviéndose en última instancia por sus instintos naturales. Esta trampa constituyente de la sociedad viene a sustituir, pues, para Mandeville la teoría del contrato social. La sociedad se constituye en el momento en que se crea un mecanismo artero que reconduce los deseos de posesión y los intereses privados no a una guerra política de todos contra todos, sino a la competencia económica-social.

En un primer momento, se sorprende Mandeville de que siendo el hombre, «un animal extraordinariamente egoísta y obstinado, a la par que astuto» pueda ser llevado con relativa facilidad a la vida social y al control de sus apetitos. Piensa que este proceso no puede ser explicado simplemente por el ejercicio constante sobre él de una mera fuerza coercitiva exterior. En definitiva, no es pensable o creíble que el hombre

³ *Op. cit.* p.22.

a C. B. MACPHERSON, *The political Theory of Possessive Individualism*, Oxford, Clarendon Press, 1962. Hay traducción castellana en Barcelona, Fontanella, 1970.

s *op.cit.* P.23.

pueda ser domesticado (en tanto que aparenta -al menos- hacer el bien) tan sólo por la violencia y la fuerza.

Parece decir que, siendo el hombre terriblemente indócil y astuto, sólo se le puede domesticar por medio de la astucia. La simple fuerza no es suficiente, sino que se le ha de aprisionar astutamente, se le ha de cautivar y, en este caso, nada es más provechoso que usar su astucia en contra suya. Así se origina para Mandeville la sociedad. Se trata de una trampa astuta' para «hacer creer al pueblo que habían de gobernar que era mucho más ventajoso para todos reprimir sus apetitos que dejarse dominar por ellos, y mucho mejor cuidarse del bien público que de lo que consideraban sus intereses privados»¹.

Ahora bien Mandeville no cree que se pudiera tener mucho éxito con la mera exhortación si no hubiera habido una recompensa (al menos pretendida) «que los [a los hombres] indemnizara de la violencia que sobre ellos mismos tendrían que hacer para observar esta conducta». Evidentemente, la recompensa para incitar al comportamiento sociable o virtuoso no podía ser de naturaleza real, ya que por una parte sería prácticamente imposible de ofrecer (ya que todos se venderían a un precio muy alto que no podría ser nunca pagado) y, por otra parte, una vez pagado (caso que fuera posible) ya no cabría ni demanda ni oferta. Los individuos estarían saciados y por tanto se obtendría lo contrario de lo propuesto. El bien de pago por esa autorrepresión no puede ser de naturaleza finita ni real, no puede saciar, si no, pierde su eficacia.

También por este motivo estaban abocados aquellos «sabios legisladores» a tramar una astuta trampa, que ofrecería algo intangible y virtualmente inagotable a cambio de la autorrepresión de los individuos. Se había de ofrecer algo inmaterial que exaltara algunos profundos apetitos humanos para que así los hombres aceptasen consciente o inconscientemente inmolar parte de su libertad y de otros apetitos naturales.

¹ Para MANDEVILLE hay unos sujetos astutos que conciben y disponen de la astuta trampa: los que llama «sabios políticos o legisladores» [p.24, cf. p.26]

⁷ Id. p.23.

En otro orden de cosas, Mandeville comprende que el hombre es un tipo de animal que no puede ser conducido «behavioristamente»⁸ por una simple economía de recompensas o castigos. Por una parte, es lo suficientemente astuto como para fácilmente plantearse cómo conseguir saltarse el orden que les «administra» las recompensas, cómo conseguir zafarse de la manipulación del «Administrador» e intentar darle gato por liebre. Fácilmente, el individuo se daría cuenta de la tosquedad con que era manipulado y se rebelaría tanto por orgullo como por avaricia en contra de esa trampa tan evidente. Para controlar al hombre se necesita, pues, una trampa más complicada, más astuta.

El liberalismo había descubierto las debilidades de la esclavitud, ya que los esfuerzos por vigilar a los esclavos ocupan la mayor parte del tiempo de sus amos, los cuales nunca gozan de tranquilidad. Por este camino parecía inevitable llegar a una situación como la de Esparta en que casi tan prisioneros de la esclavitud eran los *ilotas* como los espartanos, pues estos últimos habían de estar entregados toda su existencia a una vigilancia y a un ascetismo -para salvaguardarse de una rebelión- que su vida se diferenciaba muy poco -en cuanto a comodidades o libertades- de la de sus esclavos. Tampoco parecía mejor una relación como la feudal: donde propiamente no había nadie libre ya que todo señor era a su vez señor de otro superior en una cadena sin fin -hasta llegar a Dios. Una misma cadena de vasallaje acabada dominando tanto al señor como al siervo y a ambos condicionaba casi por igual.

Consideramos que Mandeville quiere pensar otro tipo de relación de dominación social. Se pregunta cual es el tipo de trampa política idónea para un animal tan egoísta y rebelde como el hombre: una trampa especial arteramente pensada para que no se dé cuenta de que ha caído en ella. Hay que pensar en un tipo de artimaña que se base en la seducción del prisionero, de tal manera que éste participe y sea cómplice de su propio encarcelamiento. Intentemos describir algún tipo de lo que llamamos «trampa astuta».

⁸ Valga el término aunque MANDEVILLE nunca pudo saber nada de las teorías conductistas.

Hay un ejemplo de trampa de este tipo que Gustavo Bueno siempre recuerda (si bien en otros contextos): una calabaza agujereada con un fruto en su interior. El mono =pués es para monos- puede meter la mano abierta pero no sacar el puño cerrado con el fruto. Entonces el simio se encuentra ante el dilema de recuperar la libertad y dejar el fruto, o mantener el fruto cogido pero perder la libertad (¡aunque no pueda comérselo!). Dejemos la cuestión de si dicha trampa sirve realmente para cazar alguna clase de monos y analicemos sus condiciones de funcionamiento. Intentemos analizar el mecanismo que haría eficaz dicha trampa, suponiendo que existiera,

Nos parece claro que funcionará sólo en la medida en que el anhelo de libertad es dominado por la fascinación del fruto; es decir: del poseer el fruto, no en tanto que puede ser devorado (cosa imposible pues no puede sacarlo de la calabaza) sino simplemente en tanto que poseído, que «cogido». Evidentemente, esta condición parece muy restrictiva, pero quizás podría darse si el fruto buscado no fuera un fruto «real» sino un bien imaginario pero tremendamente deseado, tremendamente seductor. Con un bien imaginario no se da la contradicción con el deseo de consumirlo, el deseo de posesión supera totalmente el deseo de consumo. Por tanto, la satisfacción -o aparente satisfacción- se da ya en el mero poseer, en el «tenerlo agarrado».

Por otra parte la trampa no puede ser tan evidente como la calabaza. Fácilmente se la relacionaría con la pérdida de libertad y, evidentemente, el bien imaginario ha de ser muy poderoso para contrarrestar el pánico así generado. Sólo es pensable una trampa tal, si el objeto imaginario ofrecido seduce en tal medida que impide la percepción de la artimaña donde se ha caído, si impide la lúcida percepción de la situación o, si aún así, la seducción es más fuerte.

Mandeville busca este «bien imaginario» que ofreciendo «como equivalente general por la dificultad de la negación de sí mismos, pudiera servir en todas las ocasiones, sin costarles nada a ellos' ni a nadie, y que al mismo tiempo fuera muy aceptable para quienes lo esperan».

⁹ Los «astutos políticos» que, según MANDEVILLE, han planificado la trampa astuta que da origen a la virtud y, en definitiva, a la sociedad.

¹⁰ Id. 24.

Según Mandeville, los astutos creadores de la sociedad comprendieron que los bienes imaginarios que podían ser moneda de intercambio universal para la represión de, sí mismo, no eran otros que «las alabanzas o la adulación» y «el desprecio». Estos serían el premio y el castigo con que los hombres se hacen maleables, dúctiles, a una argucia que los seduce hasta un punto tal que su desvelamiento tampoco parece ponerla en cuestión.

La tesis de Mandeville parece muy simple, pero analicemos como funcionaría la trampa. Primero, dice, se parte del elogio: el poner la naturaleza humana «por encima de la de otros animales». Sibilamente, se alaba la inteligencia, la sagacidad, la racionalidad, de nuestras almas. Se eleva pues un ideal ficticio y hacia él se proyectan las adulaciones y expectativas. Inmediatamente se definen el «honor» y la «vergüenza» según se esté cerca o lejos de ese ideal. Las dificultades o las dudas sólo son valoradas con vistas a ese ideal. Quien intenta con convicción aproximarse al ideal, es alabado por encima de cualquier consideración; quien duda o no se muestra entusiasta es vejado y despreciado.

Pronto se introduce un elemento clave de la nueva sociedad burguesa: la «emulación», la competencia. La gente es dividida en dos clases según sea su comportamiento respecto a ese ideal creado e hipostasiado. A unos, se les llamará bestias inmundas, esclavos de su viejo vientre y sus pasiones, a otros se les llamará «criaturas sublimadas y espirituales» y «libres del sórdido egoísmo». De esta manera, se habría creado el orgullo de sí mismo que es, quizá, la trampa más seductora. Por ella se induce «a los más vehementes, a los más resueltos y a los mejores a padecer mil inconvenientes y a someterse a tantas dificultades para gozar del placer de contarse entre los hombres de la segunda clase y en consecuencia atribuirse a sí mismos todas las excelencias que siempre oyeron de ella».

Pero con esto no basta, la trampa no se cierra simplemente con vencer o seducir. Necesita más, ha de generar un adepto y cómplice proselitista. Cada individuo, además de caer y aceptar la trampa, ha de

¹¹ Id. p.24-25

¹² Id. p.25.

ser impelido a confabularse para extenderla a otros. La astucia muestra toda su eficacia en el momento en que implica a los individuos a ser cómplices de ella y a expandirla mediante el proselitismo. De alguna manera, el que ha caído en la trampa astuta, tanto en los momentos lúcidos (cuando se da cuenta que está atrapado) como en los momentos de total seducción, está impelido a justificarse o a legitimarse por haber caído en la trampa. La misma sensación de atrapado impulsa a intentar negar la existencia de la trampa o afirmar que esta es la más sublime liberación.

Como dice Mandeville: «Por lo dicho sería lógico esperar, en primer lugar, que los héroes que tanto sufrieron por vencer algunos de sus apetitos naturales, prefiriendo el bien de los otros a cualquier patente interés particular, no consentirían retroceder una pulgada en sus excelentes nociones que recibieron relativas a la dignidad de las criaturas racionales». En cambio, los lúcidos - pero no por ello mejores (según Mandeville)- predicán con bellas palabras en favor de la trampa astuta pues procuran así obtener el máximo de beneficio de aquellos que habían asumido ardorosamente la astucia.

En consecuencia, podemos concluir, la trampa se convierte en plenamente astuta en el momento en que no sólo sucede e incita a caer en ella, sino que además impele al proselitismo incluso a aquellos que la ven más «lucidamente». Cada recién caído se convierte en un prosélito que dedica enormes esfuerzos a conseguir nuevos adeptos, tanto si está convencido inequívocamente de lo maravilloso que ha encontrado (en cuyo caso su entusiasmo será contagioso) como si manifiesta dudas o intuye lucidamente la trampa. En este último caso la presión es tal que intentará por todos los medios esconder su incredulidad o no convicción, y ya sabemos por la historia que no hay nadie más peligroso que un recién convertido o alguien que quiere ocultar sus dudas. Los más grandes y crueles inquisidores han sido muchas veces nuevos conversos o creyentes con mala conciencia. En última instancia, la astucia se realimenta en todos los casos a sí misma. Como afirma Mandeville" «es razonable pensar que ninguno de ellos (aunque piensan lo que piensan

en su interior) se atrevería a contradecir abiertamente lo que todos los demás consideran criminal dudar».

Unas palabras de Mandeville parecen especialmente taxativas: «No hay hombre por grande que sea su capacidad o inteligencia que sea invulnerable a la fascinación de la adulación si esta se aplica con arte. adaptándola a sus facultades. Los niños y los tontos se tragarán las alabanzas personales, pero a los que son más *astutos* [subrayado G. M] hay que manejarlos con gran cautela; y cuanto más general sea la adulación, menos sospecha despierta en aquellos a quienes va dirigida.»". La trampa va dirigida sobre todo a los que se pretenden astutos. Ellos serán los que actuarán como su motor y su fuerza expansiva. Ellos serán los que poniendo más de su parte terminarán convirtiéndose en sus impulsores. Olvidarán que también son utilizados mientras pretenden utilizar la trampa para sus fines. El hombre puede caer en una trampa de este tipo precisamente porque se pretende astuto y, por lo tanto, colaborará en la trampa creyendo que él la utiliza sin ser a su vez utilizado. Se creará sujeto astuto sin darse cuenta de que también es sujeto de astucia.

Como hemos dicho, Mandeville considera que la trampa astuta que constituye la sociedad y los valores morales es resultado de unos « legisladores y otros hombres sabios que se desvelaron por la institución de la sociedad»`. Es decir, que la trampa astuta ha sido creada por unos hombres, más o menos maquiavélicamente pero con plena conciencia de lo que hacían. Por una parte, Mandeville no piensa -al contrario que Hobbes- en términos de un macropoder que controla total y directamente el cuerpo social, sino en términos de un gran cantidad de micropoderes capturados en la trampa astuta. Todo el cuerpo social participa, pues, de alguna manera en los flujos de dominación. Su planteamiento nos parece por lo tanto muy próximo a la concepción de microfísica del poder de Foucault -con lo cual se avanza en gran medida a su tiempo.

Pero no obstante Mandeville no puede pensar la trampa astuta si no como producto consciente de un legislador o sabio. No puede pensar el

¹³ Id. p.25.

¹⁴ Id. p.26.

¹⁵ Id. p.28.

¹⁶ Id. p.23.

fenómeno social del poder y su administración a todos los niveles sino como planificado por algún astuto sujeto. La trampa ha sido tendida por un astuto sujeto. Nosotros -al contrario- pensamos que este mecanismo que calificamos de «trampa astuta» puede funcionar sin necesidad de un sujeto. Puede ser pensada más que como resultado del ingenio de un sabio legislador, como un proceso sin sujeto. No es un mecanismo dispuesto por alguien que le es trascendente, sino que engloba a todos los individuos humanos sin excepción, tanto a los sujetos favorecidos como a los desfavorecidos por su funcionamiento mecánico.

Nuestra tesis es que la trampa astuta no seduce o aprisiona sólo a unos y no a otros, que es dispuesta por unos -los opresores-- para capturar a otros -los oprimidos. Es un mecanismo global que es capaz de capturar a la práctica totalidad del cuerpo social -favorecido o desfavorecido. Penetra en todos los intersicios del poder y de las relaciones intersubjetivas, y naturalmente está presente en las relaciones entre los sexos, pero también en las que se dan entre personas de un mismo sexo.

La astucia se produce por activa y pasiva, a muy diferentes niveles. Se reproduce con notable facilidad en los ambientes más diversos y las mujeres no están libres de su influjo. Nuestro objetivo es desvelar el funcionamiento de la llamada «trampa astuta» e intentar demostrar como captura y convierte en sus servidores a los mismos que oprime. Para afrontar este reto nos ha parecido muy relevante analizar como las mujeres pueden ser manipuladas «astutamente» por un mecanismo social -que va más allá de cualquier sujeto «astuto concreto»- para convertirse en transmisoras -mediante la educación de los hijos- de los roles patriarcales.

Partirnos de la base que para pensar la opresión ejercida por los varones sobre las mujeres, no basta con postular simplemente el dominio continuo y directo de los varones sobre las mujeres. Es de difícil argumentación un macropoder patriarcal controlando vigilante cada uno de los actos de las sometidas mujeres. Parece al contrario que, las más de las veces, el poder patriarcal se ha ejercido con notabilísima eficacia sin tener un centro privilegiado o un sólo centro. Es decir: distribuyéndose no como una macrofísica -en el sentido de Foucault- del poder sino como microfísica. El poder patriarcal se manifiesta en muchas partes

-podemos decir incluso que en *todas* partes-, actúa incluso en y mediante las mujeres. Ellas son también seducidas y caen en la trampa astuta que se les dispone.

Para pensar y desarrollar estas últimas hipótesis, nos ha parecido del todo relevante la «deconstrucción» de un texto muy interesante -creemos- de Mandeville. Éste nos propone la siguiente situación:

«Cuando una niña torpe, que apenas si puede andar o hablar, empieza, después de muchas *súplicas* a hacer los primeros toscos ensayos de una zalema, el aya cae arrobada en un éxtasis de alabanzas: ¡Eso sí que es una zalema!¹⁷ elegante! Oh, que encanto de señorita! ¿Si ya es una preciosa damita! ¡Mama! ¡La señorita puede hacer una zalema mejor que su hermana Margarita! Las doncellas hacen coro, mientras que mamá abraza a la criatura hasta asfixiarla; únicamente la señorita Margarita, que ya tiene cuatro años más de edad y sabe muy bien hacer una cortesía como arte, se asombra de la *perversidad* del juicio, y llenándose de indignación está a punto de llorar por la injusticia que se le hace, hasta que le susurran en el nido *que es sólo para complacer a la nena, y que ella es ya una mujercita, y sintiéndose orgullosa por participar en un secreto, contenta con la superioridad de su inteligencia, repite lo que se ha dicho con generosas adiciones, acusando así la debilidad de su hermanita, a quién ella considera, de las dos, la única engañada*»¹⁸.

Ciertamente, el texto no puede ser más interesante si pretendemos pensar un poco un hecho aparentemente paradójico. En nuestras sociedades, a pesar de que las mujeres han gozado durante largos períodos de tiempo prácticamente del monopolio de la educación infantil -y sin duda de la educación de las mujeres-, no han ofrecido una alternativa educativa que no fuera reproducir esos roles masculino-femenino bajo los cuales, en definitiva, estaban oprimidas.

Evidentemente el problema no es trivial, pues el fracaso de las mujeres en este caso es un buen ejemplo del fracaso conjunto de la humanidad. ¿Cuántas veces plebeyos han educado a nobles para que sean, se

¹⁷ CASARES: «Reverencia o cortesía *humilde en muestra de sumisión*» (el subrayado es mio).

¹⁸ Id. p.29.

sientan y se comporten como nobles? ¿Cuántas veces profesores que hemos sido reclutados entre las clases menos favorecidas hemos elevado en un altar la cultura de las clases más favorecidas, hemos ofrendado en él y hemos educado a sus retoños? ¿Cuántos pedagogos esclavos griegos educaron a patricios romanos no para que se comportaran como esclavos sino como patricios? ¿Cuántas veces curas de origen humilde han sido confesores de poderosos gobernantes y les han aconsejado fielmente en contra de los que fueron sus compañeros? ¿Cuántos amos blancos han sido amamantados y criados por sirvientas negras, sin que el principio de la esclavitud o del racismo se resintiera lo más mínimo?

Quizás la educación no puede cambiarlo todo, si no fuera así no habría sido tan poco valorada ni tan mal pagada. Ya se sabe el dicho: «pasar más hambre que un maestro de escuela». Pero ciertamente, hoy que somos muy conscientes del papel central de la legitimación ideológica, me parece muy importante pensar por qué los favorecidos han podido dejar impunemente la educación en manos de los desfavorecidos sin temer las consecuencias de esa cesión. Ciertamente, no siempre ha sido así y pronto el niño -pero no tanto' la niña- era arrancado de la madre y puesto bajo las enseñanzas de un maestro de armas. También la milicia o el compañerismo militar eran instancias profundamente «educativas».

Pero para evitar pensar que todo eso se debe al control continuo y absoluto, directo y personal, del poder patriarcal (en definitiva para evitar pensar en términos de macrosica del poder en lugar de microfísica), he escogido este precioso fragmento de Bernard Mandeville, donde todos los personajes son femeninos, donde aparentemente no hay presencia del hombre. Y donde, sin embargo, se estará de acuerdo en que se reproduce una educación sexista e incluso machista.

Vale la pena meditar como, incluso en el gineceo -en el mundo reservado (aunque pueda decirse que es reservado por los hombres) en exclusividad a las mujeres- se reproduce mayoritariamente el tipo machista de educación femenina. Seguramente no siempre ha sido así y, cabe esperar, que algún día dejará de serlo; pero evidentemente muchas veces -quizá la mayoría- la mujer -o la clase desfavorecida- se ha convertido en instrumento de represión de sus compañeras. De hecho,

me dió una pista sobre esta idea una frase de una amiga comentando las dificultades de comunicación entre madre e hija. Dijo que, en parte, se deben a qué hay un momento en que la madre sabe lo que hace con su hija - transmitiéndole un rol castrante en su contra- y la hija comienza a entreveer que su madre sabe lo que hace y, aún así, no renuncia a hacerlo.

Partamos, pues, de que a la mujer se le cortan las alas -metafóricamente- y no siempre es el hombre el encargado directo de hacerlo sino las más de las veces la mujer -la madre, en especial. Entonces, en algún momento se da ese instante de lucidez en que una sabe que está cortando las alas a su hija y ésta que se las está cortando su propia madre. No se si estarán de acuerdo con esta experiencia que me han contado y que a mí -que no soy mujer- me parece tan plausible como traumática.

Pero volvamos a nuestro texto, hemos podido ver que aparentemente el hombre está elidido, sólo intervienen mujeres y, no obstante, el rol transmitido era el de una sociedad patriarcal: la mujer había de aprender a hacer zalemas («reverencia o cortesía humilde en muestra de sumisión») con gracia. Preguntémosnos ¿cómo se produce el mecanismo disciplinario -diría Foucault- que permite hacer dúctil el cuerpo -y el alma- para el control social?

En un principio, el mecanismo educativo-disciplinario-sexista se produce por una astucia muy clara y evidente. La niña torpe cae en una argucia aparentemente simple, cotidiana, por todos conocida, casi tan vulgar que ofendería «nuestra inteligencia» sino fuera por la gracia con que nos es narrada. ¡Pobre niña! Podemos pensar, engañada o capturada por una trampa astuta que comparten la señorita Margarita, la mamá, el aya y las doncellas (incluso probablemente toda la sociedad patriarcal, elidida en nuestro ejemplo). Es objeto de un engaño pueril por parte de unos sujetos que casi no nos parecen astutos, de simple que es el engaño.

Pero, evidentemente, la astucia es más complicada y no acaba aquí, también la señorita Margarita cae en la *misma astucia*. Bueno, quizás no es la misma, ya no es tan evidente, tan simple a pesar de que continúa siendo muy cotidiana y conocida. Ella que se cree sujeto astuto, es también objeto del mismo ardid. Otro sujeto -la mamá, el aya o una

de las doncellas- le susurran al oído, la capturan en otra astucia más sibilina, más sutil, más compleja. Incluso, ella misma colabora en su propio engaño. Su querer deber ser sujeto astuto es el principal cebo para que muerda el anzuelo. Ella misma colabora en su propio engaño por la fascinación que le despierta la astucia. La fascinación, la erótica del poder astuto, le esconden la trampa en que cae precisamente cuando cree tenderla ella. Cree engañar a la nena -y lo hace- sin darse cuenta de que ella es también engañada. Sin darse cuenta es más reforzada en su papel de «damita elegante y educada» por este astuto episodio con su hermanita que, probablemente, por cualquier otro episodio.

Mandeville nos muestra tan brillante como irónicamente ese mecanismo tan complejo como cotidiano de la astucia, que puede jugar -como vemos- a dos niveles. Pero no termina aquí nuestro análisis, podemos deconstruir mucho más el texto. El texto nos obliga a proyectarnos más allá y podemos descubrir en él otros profundos niveles.

Habíamos quedado en que la señorita Margarita es a la vez objeto y sujeto «voluntario por astuto» del complejo mecanismo cotidiano de esa trampa que llamamos «astuta». El aya, las doncellas, la mamá han conseguido atrapar la niñita y a su poco humilde hermana. Esta, fascinada hasta la total pérdida de cualquier posibilidad de descubrir donde se metía, ha hecho su trabajo mucho más fácil. La niñita por ejemplo- podía desconfiar o sencillamente estar harta de los elogios fáciles, las súplicas reiteradas o las órdenes terminantes del aya o de las doncellas. Pero el reconocimiento - o lo que cree tal y en cierta medida lo es- de su celosa hermanita transforman completamente la relación. La astucia ha conseguido capturar lo que era incapturable: la señorita Margarita cuatro años mayor. La que debería ser la aliada frente a una «opresión» que es común a ambas, se convierte, muy al contrario, en competidora en una loca carrera a cual de las dos entra más rápidamente en la astuta trampa.

A partir de este momento la niñita está presa y su posible salida se nos presenta ya como muy problemática. Eso mismo le pasa a la señorita Margarita, para quien el haber tomado conciencia del engaño, es precisamente el impedimento más rotundo para poder zafarse de éste. En definitiva, es la seducción o erótica del poder descubierto, lo que la hará maleable a ese poder.

Su deseo de astucia será la causa de una imposible reflexibilidad: «engaño, puedo engañar, hay engaño, ¿porqué yo no me engaño? ¿Porqué no se me engaña? ¿Cómo sé que no soy engañada?» Esta trivial - quizá no tanto- reflexibilidad se ve comprometida las más de las veces por la seducción del engaño mismo: «engaño, consigo engañar, pertenezco de pleno derecho a los engañadores, ¡que bello es el engaño!». El pensamiento reflexivo fracasa ante esa fascinación. Incluso, cuando no puede sino descubrir el mecanismo en que ha caído, éste es tan seductor que ya no cabe escapatoria. La lucidez se nuestra impotente para desmontar y poner a la luz la astuta trampa.

Pero todavía no hemos terminado con el análisis (¿deconstructivo?) del texto. Hemos visto como la torpe niñita y la señorita Margarita devenían maleables gracias a la astucia. Ahora podemos comprobar como también ésta confirma en su maleabilidad al aya, a las doncellas, a la mamá. Evidentemente estas no han utilizado tampoco la educación de las niñas como elemento para su emancipación -ni como mujeres ni como clase desfavorecida. Seducida la mamá, por el poder astuto que ponía en sus manos unas circunstancias socio-políticas concretas (no me contrapongo por tanto ni intento invalidar el planteamiento marxista), abrazará emocionada los primeros pasos de sus hijas hasta la trampa en que ella misma ha caído y por la que ella misma es relegada a un papel subalterno. Fascinada por su propia alienación- que siempre es astuta-, la reproducirá en sus retoños. Una vez más el objeto de astucia -si quereis de «alienación»¹⁹- es al mismo tiempo cómplice (y cómplice activo e *Imprescindible-es* decir también sujeto- de su alienación).

Probablemente, la mamá creará que sólo las dos niñitas son engañadas, pero ella misma también lo es y participa espontáneamente y con pretendida astucia en su propia alienación. De hecho, su éxito ante las niñitas, el servicio, el marido y la sociedad le harán creer ser - quizá sujeto astuto y no objeto de la astucia. Es decir: también ella creará que de todas, ella es la única no engañada.

Se reproduce el mecanismo, a la vez que se complica en un extraño juego de espejos; porque el aya o las doncellas, aún más claramente,

¹⁹ Para utilizar otra palabra con una mayor tradición filosófica.

son instrumento mediatizado -al añadir una alienación más a las consideradas- de una astucia que las engloba a todas. Ninguna está fuera o libre de «culpa», inocente de participación en la autosedución e, incluso, en el violento castigo cuando esta no se produce. El aya cae arrojada en un éxtasis de elogios ante el primer intento de tosca zalema de la niñita ---cabe pensar que está alienada y no sabe lo que hace, que cree ser astuta-, las doncellas hacen coro - quizá tienen la sospecha de que allí se ha producido un mecanismo tramposo, pero la simple sospecha no suele ser suficiente. La fascinación, el miedo, la debilidad espiritual propia y la realidad de unas circunstancias que no permitirían ese tipo de disidencia imposibilitan la manifestación, la revelación, el cuestionamiento de ese mecanismo.

Tampoco nos engañemos: llegará el marido y padre, se le contará la proeza de la torpe niñita y de toda la pleyade de cómplices. Pero, no sabremos hasta qué punto será consciente del complejo mecanismo que, sin estar él presente ha jugado a su favor - a favor de los que son como él. Él, no por más privilegiado, es más lúcido o más libre (menos alineado). El mismo Mandeville amplía el ejemplo también al caso de un «salvaje rapaz» también el hombre cae en trampas similares. También en él se reproduce el mismo mecanismo, también el rapaz que luego será marido y padre ha caído en la misma trampa. Y así sucesivamente, la astucia se distribuye por el conjunto social de manera parecida a lo que Foucault ha caracterizado como < anicrofísica del poder». Las víctimas parece que corren a ocupar el puesto de los verdugos, quien es víctima tampoco renuncia a ejercer como verdugo, los verdugos se escudan en que alguien ha de hacer ese papel, en que si no fueran ellos, serían otros; las víctimas muchas veces ya no conciben la vida sino como víctimas.

El complejo mecanismo astuto que hemos comentado también es microfísica y no macrofísica. Entonces pues todos, prácticamente todos, somos cómplices, somos sujetos complacientes maleables y seducidos por la astucia y el poder. Por tanto somos también objetos de ellos. ¿Quién es entonces el sujeto último de la astucia? ¿Ella misma?

No está claro quién se lleva realmente el gato al agua en el complejo juego de astucias sobre astucias. Nosotros ya hemos comentado la sospecha de que la astucia parece triunfar por encima de los astutos que no

necesita de un «astuto»` trascendente para constituirse. Ella capturará finalmente y encerrará a los pretendidos astutos «sujetos» que creen servirse de ella. La fascinación, la seducción, la erótica de la astucia será para ellos algo imprescindible, quedarán capturados por su belleza especulativa o por la epifanía maravillosa de una ocultación.

Una vez llegados aquí no es extraño que se piense que el sujeto último de la astucia es Dios, o la sociedad patriarcal, las condiciones de producción, el poder, la voluntad de poder o el destino eximidor de responsabilidades, etc. Nosotros no necesitamos pensar como Mandeville en términos de un macrosujeto astuto, aunque hemos visto como en el mismo ejemplo que él propone ese mismo macrosujeto brilla por su ausencia. En nuestra deconstrucción, nos hemos encontrado tan sólo sujetos pretendidamente astutos capturados en mayor o menor grado por un mecanismo tan seductor como difícil de identificar. Parece una vez más -como en el cuento del *Mago de Oz*- que cuando llega al centro del poder éste está vacío. El trono del pretendido macropoder está abandonado u ocupado tan sólo por un simulacro, un espejismo o una ausencia.

Pero terminemos nuestro discurso con dos aspectos esenciales para comprender el mecanismo concreto de la «trampa astuta» por lo que respecta a la situación de la mujer y a nuestro ejemplo.

En primer lugar, hay que tener en cuenta en la dinámica o dialéctica - y lo podemos analizar en el ejemplo comentado- que la señorita Margarita corre el riesgo de la marginación. Por mucho que se haya esforzada en hacer bonitas zalemas, el aya, la mamá y las doncellas parecen confabularse para marginarla. Es más, se la reduce a medio u objeto de comparación respecto a su hermana -de humillante e injusta comparación sin duda. De repente se ve destronada y destronada por un juicio absolutamente «perverso», falso a todas luces. Y ese juicio la margina, la degrada injustamente ante su torpe hermana. Evidentemente, no se puede olvidar esta circunstancia previa de humillación, minusvaloración o marginación.

zo También en el sentido etimológico de «sujetados».

En segundo lugar, la señorita Margarita ve con alivio que recupera su lugar en la casa, en el mundo con mayúsculas. No sólo eso, sino que se siente elevada más allá de lo que se atrevía a aspirar: se le dice que ya es una «mujercita». Después de la experiencia traumática de la injusta humillación -recordemos que ha sido usada como medio para ensalzar a la torpe niña---- se le abre una insospechada posibilidad de devolver la humillación -y como suele suceder en estos casos, se devuelve no a quien ha humillado sino a quién ha sido la ocasión de humillación. Se convierte así espontáneamente en medio para manipular y adoctrinar a su hermana. De repente entra en el mundo de los astutos, de los que con sus juicios perversos pueden hacer y deshacer, marginar o entronizar. Sólo se le pide, más bien se le sugiere -pués no es necesario ni pedirlo-, una pequeña colaboración.

Esa colaboración se convierte en el símbolo y a la vez la prueba de iniciación. Por primera vez comprueba la erótica y la seducción del poder, de la superioridad, de la astucia. Ya tiene a alguien por debajo de ella. Comprende que la traición a la pequeña (¡a esa niña torpe que, la infeliz, no sabe lo que se cree!) es el precio a pagar por acceder al nuevo status. Y su respuesta, su elección es del todo clara. No va a identificarse con aquella torpe niña, al contano se identificará con la astuta aya, la mamá, las doncellas. Incluso puede demostrales que ella es más astuta aún, que puede aumentar infinitamente los elogios, que puede traicionar más y mejor.

Es importante remarcar -ya finalizando- como se cae en la trampa astuta más rápida y profundamente cuanto más astuto se cree una y, eso es temible, cuanto más al margen se estaba del poder. El atractivo erótico, la astuta seducción, se incrementa con la distancia o el haber sido objeto marginado y humillado de la astucia. Por eso quizá (es una hipótesis y vosotras podréis contestarme con más conocimiento de causa) las mujeres caen tan fácilmente en la astucia de la sociedad patriarcal. Así como los plebeyos, los desfavorecidos, los recién llegados, etc. se convierten en siervos seducidos del orden que los margina u oprime, así sucede quizás también con las mujeres.

Las mujeres en tanto que más lejanas y apartadas del poder, del centro astuto de la fuente de dominio patriarcal, serían muchas veces las más vulnerables a ese influjo.

Por otra parte en nuestra sociedad, la mujer es educada en la astucia, desde pequeña se le enseña a realizar su voluntad por medio de la utilización interpuesta del elemento patriarcal. Ha de actuar, si quiere obtener alguna cosa, siempre mediante manipulación de la voluntad del padre, del hermano, del marido o el hijo. Es decir se la enseña a ser astuta, a condicionar hábilmente, seductoramente, la decisión de otros. De esta manera, se convierte en una hábil, eficaz y fiel consejera o cómplice. Se convierte en instrumento de un poder que no le pertenece pero que algunas veces consigue o se le deje administrar.

Ya hemos señalado como el astuto cae más fácilmente en la trampa astuta, precisamente porque ésta necesita de ese impulso de autoseducción que sólo la complicidad, la participación y el orgullo despiertan. Dos aspectos colaboran en una dinámica infernal: cuanto más lejano a la astucia más fácilmente se cae en ella, cuanto más astuto se cree uno tanto más fácilmente se sucumbe. Y esto sucede más allá de los breves momentos de lucidez que permiten comprender que se ha caído en una trampa. Pero ésta -la trampa- aprisiona seductoramente más allá de su comprensión ¡Quizás fuera posible escapar si de verdad se quisiera! Aunque el precio es probablemente impagable para nosotros los hombres o las mujeres normales. El precio es la marginación, la soledad, el desprecio, la humillación constante e, incluso, la pérdida de las pequeñas venganzas que se nos permiten si colaboramos. En definitiva, la alternativa es el no-ser.